

gún género de vínculos sociales ni políticos indicaban la existencia de verdaderas naciones en el sentido que hoy se da a esta palabra. Los idiomas que hablaban eran tantos y tan diversos como las tribus. Sin embargo, esta gran variedad de lenguas y de familias puede ser más aparente que real: acaso un estudio detenido hubiera podido dar a conocer que todas procedían de un reducido número de familias de una misma cepa étnica. Si echando una ojeada al mapa de Colombia, y aun de la América meridional, nos fijamos en los nombres indígenas que conservan muchos de sus sitios, ríos, lagos y montes, notaremos que, entresacándolos de aquí y de allá, en provincias tal vez muy distantes entre sí, se puede, por ciertas analogías bien pronunciadas, reducirlas a dos o tres clases, y casi señalar qué territorios fueron habitados por pueblos de idiomas análogos. En Venezuela y Colombia es mayor que en otras regiones el desorden con que están como tirados al acaso sobre el mapa nombres de diversas familias étnicas. Colocados estos países montuosos en la parte más septentrional de la América del Sur, debieron de ser el punto forzoso por donde, en tiempos muy anteriores a la conquista, pasaron todas las irrupciones que vinieron del norte (probablemente de la Mongolia, de donde pasarían a la Alaska por el estrecho de Behring) a poblar esta mitad de la América. Nuevas hordas refluían seguramente sobre las ya establecidas, las desalojaban en unas partes, se mezclaban y confundían con ellas en otras o, arrinconándolas en algunas altiplanicies de las cordilleras, las aislaban de las demás tribus de su raza. Incomunicados así, pueblos procedentes de un mismo origen alteraron su idioma en el curso de los tiempos, lo empobrecieron o lo adulteraron hasta el punto de tener cada cual una lengua o dialecto aparentemente diverso. Por desgracia no se ha hecho hasta hoy un estudio completo y definitivo de tan importante materia (si bien en los últimos años lingüistas y etnólogos tan eminentes como Schüller, Brasseur de Bourbourg, Dabry de Thiersant, Max Uhle, Jijón Caamaño, etc., han traído nueva luz y marcado nuevas orientaciones en este caótico problema [1]); mas hay en justicia que reconocer que fueron los misioneros católicos quienes primeramente se preocuparon durante el descubrimiento y la conquista de estas regiones por estudiar los dialectos y lenguas indígenas, publicando no pocas gramáticas y diccionarios, que son hoy la fuente principal de información y que aparecen citados en el *Índice Bibliográfico de la Ciencia Española*, de Menéndez y Pelayo, portentoso alarde de erudición que no ha sido superado en nuestra lengua. En esta labor, los españoles fueron mucho más diligentes que los conquistadores ingleses que descubrieron y colonizaron la América del Norte, como explícita y justicieramente lo reconoce el historiador americano Charles F. Lummis.

Parece, no obstante, que la mayor parte de los pobladores del Nuevo Reino de Granada fueron de origen caribe: así lo indican muchas de sus costumbres, su ferocidad de carácter y su sistema de numeración, que no pasaba de cinco; pero el resto tenía otra procedencia: quizá eran las reliquias de aquella nación de cuyo poder daban testimonio sus arruinados monumentos.

(1) En los últimos años se han intensificado en toda la América española los estudios lingüísticos y etnográficos. Entre nosotros merecen ser mencionados los estudios de Ezequiel Uriceochea, Ernesto Restrepo Tirado, Miguel Triana, Carlos Cuervo Márquez, Julio César García, Gerardo Arrubla, Gregorio Hernández de Alba, Sergio Elías Ortiz, Manuel J. Forero, y las investigaciones que con celo y pericia recomendables dirige el Instituto Lingüístico fundado por los misioneros capuchinos en Sibundoy (Comisaría del Putumayo); y del cual es dinamo propulsor el P. Marcelino de Castellvi.

Hacia el sur de la América poco mezcladas ya con las de Popayán, según los testimonios de los aborígenes que demoran en las costas del Pacífico, y que son poco numerosas y muy mezcladas con muchas otras que a lo que parece, un estudio necia a los patios y bosques, al oeste, los sundaguas que viven sobre la cordillera de los Andes hallaban los pubenés, un régulo o yagüén, un sitio donde hoy se alza un pueblo que probablemente era del Valle del Cauca. Los Guachicono para el norte, los roces paeces; y de aquí a los pantágoras y otros del valle del Cauca, ora en los campos. De la tribu de las vagas de los calotes, el cacique Calambás, y los paeces y otras que Baudó pertenecían a un grupo probablemente vinculados con el Atrato y extendidos.

La tribu de los paeces de las tierras quebradas, a veinte leguas del territorio de Puracé. Con el título de caribeño, el señor o yagüén, en un sitio donde hoy se vio principal resistir a los antropófagos de las tribus. Las tribus que se dejaron la vida en estas comarcas. Su la imperfección de la ignorancia el uso del fuego, fundamentales de la vida, puesto, tenían sacos, taban a sus divinidades del poder civil. En la vilización a las des-